

## LA LEY PERFECTA DE LA LIBERTAD

por el presidente Marion G. Romney  
Segundo Consejero de la Primera Presidencia



Desde muy joven me conmovió el famoso grito de batalla del patriota norteamericano, Patrick Henry, que al igual que muchos otros defensores de la libertad en el mundo, declaró: "¡Dadme libertad o dadme muerte!"

Es difícil definir el significado de la palabra libertad. Abraham Lincoln era de la opinión de que esta palabra no ha tenido nunca una buena definición. El dijo:

"Todos proclamamos la libertad: pero al utilizar la palabra, no todos le damos el mismo significado. Para algunos puede significar que cada persona haga lo que le plazca consigo misma y con el producto de su trabajo; mientras que para otros tal vez quiera decir que algunas personas pueden hacer lo que les plazca con otras y con el producto de su trabajo.

El pastor saca al lobo de la garganta de la oveja, y por esta razón la oveja le está agradecida y lo ve como su libertador, mientras que el lobo lo censura por el mismo hecho."

Los puntos de vista han cambiado desde el tiempo de Lincoln, pero el uso múltiple de la palabra libertad y su sinónimo independencia no cambia. Los buenos aspectos de la libertad, de la que a menudo acostumbramos hablar, se pueden clasificar como (1) libertad civil o política, (2) independencia económica, y (3) libre albedrío.

Quisiera que nos esforzáramos por esa libertad que comprende todas estas formas, y aún más: Quisiera que nos esforzáramos por una libertad de alma a la cual todas éstas contribuyen. Quisiera que alcanzáramos aquel bendito estado enunciado por el profeta José Smith cuando dijo:

Deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se hará fuerte en la presencia de Dios . (D. y C. 121:45.)

Aquel que goza de tal libertad, según las palabras de Jesucristo, es verdaderamente libre" (Juan 8:36) y posee la libertad perfecta.

Os invito a prestar atención a unas pocas ilustraciones que apoyan la tesis de que, aun cuando es cierto que la libertad civil, la independencia económica y el libre albedrío contribuyen a la libertad del alma, no por esto la garantizan.

Primero, la libertad política y el poder:

En este aspecto quizás la proeza de Alejandro Magno sea una de las más conocidas. Con un gran valor físico, enérgico impulso, y una imaginación ardiente, él a la edad inmadura de treinta y dos años, llegó a ser prácticamente el amo del mundo entonces conocido. Pero estaba lejos de disfrutar de libertad dado que no era amo

de sí mismo. Murió a los treinta y tres años, víctima de sus propios excesos, y con un desconocimiento total de la libertad del alma.

El cardenal Wolsey aprendió, muy a su pesar, cuán poco pueden contribuir la libertad política y aun el poder político a la verdadera libertad. Había pasado una larga vida al servicio de dos soberanos ingleses, disfrutando de gran libertad y poder político. Sin embargo, finalmente perdió toda su grandeza en manos de un rey impaciente. Al contemplar desolado las ruinas de su vida, se lamentaba ante sus amigos: "¡Oh Cromwell, Cromwell! De haber servido a mi Dios con sólo la mitad del celo que he puesto en servir a mi rey, no me hubiera entregado éste, a mi vejez, desnudo, al furor de mis enemigos". (William Shakespeare, Enrique VIII, Acto III, Escena II.)

Hace algunos años apareció un artículo en una revista con respecto a algunos genios de finanzas en este siglo. Comentaba cómo algunos de estos hombres murieron en la quiebra y en la desgracia, otros se habían suicidado, y otros habían estado en prisión. Todos ellos habían obtenido, por lo menos temporalmente, la libertad económica, pero a ninguno le proporcionó su opulencia económica la libertad del alma.

Aunque quizás raramente se sostenga que la independencia política o la libertad económica de por sí den como resultado una perfecta libertad; sin embargo, es común que el libre albedrío se considere como un sinónimo de libertad del alma. Y es una verdad el hecho de que el derecho dado de Dios de elegir nuestro propio curso de acción es un requisito indispensable para esa libertad; sin él escasamente podríamos disfrutar de algún tipo de libertad, ya sea política, económica o personal. Es uno de nuestros más grandes legados, y por él estamos profundamente obligados a nuestro Padre Celestial. Dios nos lo dio en el huerto del Edén (véase Moisés 7:32). Y los pioneros, guiados por la inspiración de los cielos, lo dieron todo por perpetuar ese libre albedrío. Ciertamente debemos estar siempre alerta en su defensa y dispuestos, si fuera necesario, a dar nuestra vida por preservarlo.

Sin embargo, precioso como es, el libre albedrío no es en sí la perfecta libertad que buscamos, ni nos guía a ella necesariamente. Es un hecho que, a través del ejercicio de éste, más gente ha caído en el cautiverio político, económico y personal, que la que ha encontrado la libertad.

Los nefitas, por ejemplo, mediante el ejercicio de su albedrío llegaron a caer en un estado que sólo los condujo a un cautiverio político. Lo hicieron mientras vivían bajo un gobierno que les proporcionaba el ejercicio más libre de su albedrío.

"La voz del pueblo", dicen los registros, "establecía sus leyes y sus gobiernos, y los que escogieron lo malo eran más numerosos que los que eligieron lo bueno... a tal grado que no podían ser gobernados por la ley ni por la justicia, sino para su destrucción." (Helamán 5:2-3.)

Bajo esas circunstancias, eligieron como gobernantes a hombres inicuos que ciertamente iban a destruir su libertad, para reemplazar a los hombres justos que en

el pasado la habían protegido y preservado, y que habrían continuado haciéndolo en el futuro.

A los Jareditas, la libre elección de un rey los guió directamente al cautiverio (Eter 6:21-7:5).

El mismo tipo de acontecimientos tuvo lugar también en los días del antiguo Israel. El pueblo, rechazando el gobierno de los jueces que Dios había establecido, clamó a Samuel para que le diera un rey. A pesar de las advertencias de Samuel explicándoles a los israelitas que un rey haría sirvientes a sus hijos, impondría pesados impuestos y servicios sobre sus espaldas, y los enviaría a la guerra, "...el pueblo no quiso oír la voz de Samuel, y dijo: No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones. . ." (1 Samuel 8). Por lo tanto, el profeta ungió a Saúl para que fuera rey. A su debido tiempo, y tal como lo había previsto Samuel, les fueron impuestas pesadas cargas, sus hijos pasaron a ser sirvientes del rey, y se declaró una guerra. La nación se dividió en dos reinos, Israel y Judá, y ambos fueron llevados cautivos. No sólo perdieron su libertad civil, sino que también terminó su verdadera existencia política como nación.

En el libro de Génesis tenemos un ejemplo clásico de la pérdida de la libertad económica por el mal uso del libre albedrío. En vez de ejercerlo para proveer para sí en tiempos de necesidad, los egipcios dependieron del gobierno. Como resultado, cuando llegó una época de gran escasez, se vieron forzados a comprar alimentos del gobierno. Primero usaron su dinero; cuando se les terminó, dieron su ganado. Luego sus tierras, y finalmente se vieron compelidos a venderse, como esclavos, para poder comer. (Génesis 41:54-56; 47:13-26.)

Nosotros mismos hemos descendido mucho en este camino durante el último siglo. Mi consejo es que nos cuidemos de la doctrina que nos anima a buscar la seguridad proporcionada por el gobierno más bien que poner la fe en nuestro propio trabajo.

Con respecto a la pérdida de libertad personal debido al mal uso del libre albedrío, nuestra vida diaria se encuentra llena de trágicas evidencias. Vemos al alcohólico con su insaciable deseo de beber, al drogadicto en su delirio, y lo que es peor, al pervertido ante la irrecuperable pérdida de su masculinidad. ¿Quién puede decir que tales personas disfrutaban de libertad?

Pero, no obstante el hecho de que por hacer mal uso de ella se pierde la libertad política, económica y personal, el libre albedrío perdurará siempre, pues es un principio eterno; sin embargo, aumenta o disminuye de acuerdo con el uso que se le dé. Cada decisión equivocada que se haga restringe a la persona en el ejercicio de su libre albedrío con respecto a dicha decisión. Cuanto más lejos vaya una persona en sus decisiones erróneas al ejercerlo, más difícil se hace para retroceder y recuperar el camino perdido; y si persiste demasiado, puede llegar a un punto desde el cual no habrá regreso. Con eso se llega a ser un servil esclavo. Con el ejercicio de su libre albedrío, ha disminuido su campo de acción casi al punto de hacerlo desaparecer.

Samuel, el profeta lamanita, hablando de las personas que persistían en esto, dijo:

"Y en los días de vuestra pobreza, clamaréis al Señor; y clamaréis en vano, porque vuestra desolación ya estará sobre vosotros, y vuestra destrucción está asegurada; y entonces lloraréis y gemiréis en ese día... y diréis . . .

¡Oh, si nos hubiésemos arrepentido el día en que vino a nosotros la palabra del Señor! ...

He aquí, nos rodean los demonios; sí, cercados estamos por los ángeles de aquel que ha tratado de destruir nuestras almas... ¡Oh Señor!, ¿no puedes apartar tu ira de nosotros? Y éstas serán vuestras palabras en aquellos días.

Mas he aquí, vuestros días de probación ya pasaron; habéis demorado el día de vuestra salvación hasta que es eternamente demasiado tarde ya, y vuestra destrucción está asegurada (Helamán 13:32, 36-38.)

Estas pobres almas se han puesto ellas mismas bajo el poder de Lucifer y sus seguidores, quien, como recordaréis, llegó a llamarse Perdición (D. y C. 76:25-26). Su suerte final es ser expulsados a las tinieblas, y tal castigo es la consecuencia natural de lo que eligieron haciendo ejercicio de su libre albedrío. El hecho de que originalmente fueron investidos por su Creador con esta libertad de elección no los salva del más terrible cautiverio, el cautiverio del pecado.

Así como el hacer elecciones erradas restringe nuestro libre albedrío y nos conduce a la esclavitud, también el tomar las alternativas correctas ensancha las posibilidades de ese albedrío y nos guía a una perfecta libertad. No hay duda de que una persona puede, por este medio, obtener libertad del alma, aun cuando al mismo tiempo se le niegue la libertad civil, económica y personal.

Por ejemplo, consideremos al profeta José Smith. He aquí a un hombre que disfrutó de la libertad de su alma mientras sufría la privación de casi todas sus otras libertades. Las experiencias de su vida eran comparables en cierto modo a aquellas del apóstol Pablo, quien durante su ministerio a menudo fue azotado, encarcelado y en repetidas ocasiones se enfrentó a la muerte. Repasando sus experiencias con los corintios, dijo:

"De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno.

Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar;

en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos;

en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez." (2 Corintios 11:24-27.)

No obstante todo esto, él pudo escribir a su amado amigo Timoteo, desde la celda de su prisión en Roma, poco antes de su muerte:

"Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano.

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.

Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino que también a todos los que aman su venida." (2 Timoteo 4:6-8.)

Seguramente que Pablo, dentro de su alma, disfrutó de la perfecta libertad.

La conclusión del Apóstol de que la recompensa que él ganó está a disposición de otras personas sugiere que debe de haber una forma de vida por medio de la cual todos podamos obtenerla; y yo creo que sí la hay.

Hace un tiempo, mientras viajaba en tren a través de Cleveland, en el estado de Ohio, Estados Unidos, vi una inscripción en un edificio: "La obediencia a la ley es libertad. Con la interpretación apropiada de la palabra ley, tenemos en esta inscripción una verdad pura. Insertando otras dos palabras, se podría decir: "La obediencia a la ley de Cristo es libertad". (D. y C. 88:21.) Esta es una declaración no sólo de la perfecta ley de libertad, sino también de la forma de lograr la libertad perfecta.

En el octavo capítulo de Juan se registra una controversia entre Jesús y los doctores judíos. Ellos, por supuesto, lo rechazaban. Pero algunos de los que escucharon creyeron, y a ellos les dijo:

"Si vosotros permanecierais en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres." (Juan 8:31-32.)

La libertad así obtenida, esto es, por obediencia a la ley de Cristo, es libertad del alma, la forma más pura de libertad. Y la cosa más gloriosa de todo esto es que está al alcance de cada uno de nosotros, sin importar qué hagan las personas o aun las naciones a nuestro alrededor. Todo lo que tenemos que hacer es conocer la ley de Jesucristo y obedecerla. Conocerla y obedecerla es el propósito principal de la vida de todo mortal.

Que Dios nos ayude a prosperar en nuestro camino hacia la perfecta libertad, ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

\*Nota. De acuerdo con James E. Talmage, Juan empleaba frecuentemente el término "judío" para referirse a los príncipes del pueblo. (Jesús el Cristo, págs., 164 y 191).